



**Trabajo Final - Traductorado Literario y Técnico-Científico en Portugués
Instituto Superior Lenguas Vivas, Misiones, Argentina**

Título original: *Sobre o que não falamos*

Título traducido: *De eso no se habla*

Autora: Ana Cristina Braga Martes

Alumna: Cámara, Karina Gabriela

DNI 22.858.980

La voz y el muro

Mi abuelo me mostró dónde escondía el veneno para las hormigas: en una abertura en la parte superior del muro. La cajita está allá arriba, para que las gallinas no puedan alcanzarla, me dijo. Me pareció extraño porque las gallinas no salían del gallinero, solo el gallo lograba escaparse. En esos momentos, él me provocaba miedo y también cuando hablaba de mi bisabuelo. No quería oír nada sobre veneno, ni sobre su padre, ya que él nunca hablaba del mío. Era difícil entender por qué motivo mi abuelo no paraba de repetir algunas frases y fingía no oír otras. Evidentemente, no le gustaban ni mi padre ni las hormigas, solo amaba las mariposas. Decía que eran bellas, y Bella era el nombre de mi mamá.

Ni una gota de lluvia esta semana. Días calurosos y noches sofocantes. Alguien empezó a hablar en voz alta al otro lado del muro y mi abuelo se levantó nervioso de la silla: ¡era lo que faltaba! Empujó la mesa con tanta fuerza que hizo bailar el agua de los vasos. ¡La televisión a todo volumen y en nuestra cara! No compro una y estoy obligado a escuchar la de los otros. Se arremangó la camisa con la mano derecha e hizo lo mismo con la izquierda, mucho calor. Hasta pensé que sería bueno escuchar, ya que, en nuestra casa, nadie conversaba durante el almuerzo o la cena. ¿Por qué querían que comiéramos juntos si mi abuelo no sacaba los ojos del plato y mi abuela no veía la hora de levantar la mesa y empezar a lavar todo?

La voz me hipnotizaba: «En Pernambuco, intentan la reinserción a través de una nueva terapia, el matrimonio. En la cárcel de la pequeña localidad de Palmares, en las primeras horas del día, los novios comenzaron los preparativos de su casamiento. Se conocieron cuando todavía eran niños, hasta que un día, empezaron a salir. Luego, cada uno siguió su camino. Hace un tiempo, Antonio mató a un hombre, fue detenido y condenado a ocho años de prisión». Mi abuela interrumpió: ¡qué bien, una persona mata a otra y solo le dan ocho años de cárcel! Mi abuelo se limpió los dedos en el repasador, y la voz continuó: «Hilda, la novia, hirió de gravedad a una mujer y le dieron siete años». Mi abuela no pudo aguantarse: ¿eso es justo? La mujer no mató,

solo hirió. El hombre mató. ¿Y a ella solo le dan un año menos que a él? Mejor no ver el noticiero.

Quería que dejaran de hablar para poder escuchar. Aquella voz me sacaba de casa, del pueblo, y me llevaba a lugares que no sabía que existían. Palmares. Algún día lo conoceré. Una voz gruesa, educada y convincente, como la voz de un hombre que sabe dar órdenes: «En la cárcel, se reencontraron y recomenzaron su relación. Con la ayuda de las autoridades y por buena conducta, obtuvieron el permiso para casarse. Con un acordeón interpretaron la *Marcha nupcial*». ¿Cómo es posible? Ni siquiera terminó de oír la palabra de Dios y ya dan la orden de arresto, dijo mi abuela. Ya estaban en la cárcel, disintió mi abuelo. Y el tono de la voz fue bajando cada vez más: «Los novios serán trasladados a la cárcel de Itamaracá, donde pasarán la luna de miel y vivirán». Creo que eso es lo que oí, no estoy segura.

Il matrimonio è una prigione, se lamentó mi abuela. No entendía, ¿escuché bien? ¿Cómo era posible casarse y vivir en una cárcel? Esa palabra me aterrorizaba. Celda, soldados, hombres uniformados me hacían sentir culpable por un grave crimen, que no sabía cuál era y que no había cometido. Cuando pasaba frente a la comisaría, ni siquiera lo hacía por la misma vereda, bajaba la cabeza delante del comisario, tenía que pedirle su bendición y llamarlo padrino. Los hombres con uniformes me provocaban angustia, así como las palabras que aparecían escritas en la pared y que no podía entender. Odiaba ver colgando de la cintura de aquel hombre la cachiporra de un lado, la cartuchera del otro, y el cinturón lleno de balas a la vista de todo el mundo.

Solo para hacer ruido, mi abuela abrió la canilla al máximo y se puso a lavar los platos. Corrí al baño y conseguí escuchar un poquito más: «Tras la muerte de Franco, los españoles dirán sí o no a la dictadura».